

# ANALES

DE LA

# UNIVERSIDAD CENTRAL

[Órgano oficial de la Universidad Central del Ecuador]

## × FISIO-PATOLOGIA DEL PENSAMIENTO

Conferencia leída ante la "Corporación Estudios de Medicina"  
y presentada al primer Congreso Médico Ecuatoriano,  
× por el Sr. Dr. Carlos Alberto Arteta Profesor de Psiquiatría  
en la Universidad Central y Director-Médico del Manicomio

Señores:

El tema de la presente conferencia es la *fisio-patología del pensamiento*, esto es un asunto de alta psicología, a la par que de gran importancia en psiquiatría. He dividido este trabajo en tres secciones: la primera que establece las relaciones entre la psicología y la psiquiatría; la segunda que estudia la psicología de la función de pensar; y la última la patología del pensamiento.

Desde que Charcot trató de estudiar científicamente los fenómenos de la hipnosis y la sugestión, Moreau de Tours y Morel en Francia emprendieron a su vez el estudio psicopatológico en el demente, en el degenerado,

en el psicópata y aun en el salvaje, con el propósito de comparar y conocer objetivamente la naturaleza y mecanismo de nuestras funciones psíquicas normales. De entonces acá, la psicopatía constituye una gran fuente de información y riqueza para la psicología científica, es decir, para la psicología sometida a las condiciones del método propio de las ciencias naturales: observar y experimentar; suponer, verificar y volver a observar.

La psicología individual u ontogenética es ciencia subjetiva, de análisis introspectivo; y la psiquiatría es puramente objetiva: las dos se completan entre sí.

La psicología, ciencia realista, estudia los hechos, sus relaciones recíprocas y las leyes de su evolución.

Fisiológicamente se puede definir la psicología, una ciencia natural que estudia los fenómenos psíquicos normales. Y psiquiatría sería la ciencia de las enfermedades de la función psíquica; para A. Maríe y otros es la ciencia de sólo las enfermedades mentales, esto es del psiquismo superior.

Anatómicamente se define la psicopatología, el estudio de las enfermedades de las neuronas que desempeñan función psíquica.

Bechterew, profesor de la Universidad de San Petersburgo, dice: "La psiquiatría debe naturalmente basarse en la psicología, ciencia de la actividad neuropsíquica normal, como la patología interna se basa sobre la fisiología de los órganos.

La reforma de Pasteur, apoyada en las investigaciones de Virchow, Metschnikoff, Claudio Bernard, Buchner, etc., da a la clínica mental, dice Del Greco, el apoyo de ciencias nuevas y de orden de investigaciones activas que atacan a puntos oscuros del determinismo orgánico.

Sin la psicología científica, sería imposible la aplicación de la psiquiatría al Derecho Civil y Criminal y a todas las ciencias sociales y pedagógicas, y los conocimientos psicológicos se acrecentan a su vez con la psiquiatría.

La psiquiatría es una ciencia a la vez clínica y psicológica, puesto que estudia dos clases de fenómenos:

somáticos y psíquicos. El individuo es una unidad somática y psíquica, el psicópata es un objetivo donde las dos series aparecen correlativas y unificadas (Morel).

## II

El valor científico, como bien se ha dicho, es esencialmente el sentido del hecho como origen, regla, medida y comprobación de todo conocimiento. Bacon identificó el conocimiento con la experiencia y Locke identificó la experiencia con la percepción.

Hemos adquirido—decía Schopenhauer—la convicción de que la fuente primera de toda evidencia es la intuición, y de que no hay verdad absoluta más que en la relación inmediata o mediata con la intuición. William James afirma que los objetos concebidos deben mostrar efectos sensibles, o no ser creídos.

Para que el objeto de nuestros conceptos tenga realidad objetiva, es indispensable que esté materialmente contenido en la órbita de nuestras sensaciones.

En una palabra, la verdad de los principios depende de la verdad de los hechos, como muy bien lo dijo Balmes.

La intuición, según Pestalozzi, es el fundamento absoluto de todo conocimiento, es decir, todo conocimiento debe partir de la intuición y volver a ésta. Entiendo, desde luego, que el autor tomó la palabra intuición no en el sentido que se le toma ordinariamente, esto es una especie de función accidental y automática que prevee soluciones, sino en el sentido de percepción.

James nos repite que la sensación es el término *a quo* y *ad quem* del pensamiento.

La percepción, dice Ribot, es la facultad de conocer lo concreto. Tiende a abrazar la totalidad de los caracteres de su objeto, sin conseguirlo completamente, porque la mantiene asediada un enemigo interior: la tendencia natural a simplificar... Aquí está ya el pensamiento: en esta tendencia natural del espíritu a simplificar.

Si a mí me preguntasen qué es pensar?, yo res-

pondería que pensar es concebir, esto es, identificar, o sea resolver una pluralidad más o menos accidental en una unidad esencial. Pensar es conocer por conceptos, dijo Kant, y después lo repitió Hegel. Para ellos, pensar es juzgar, en una palabra.

Para mí, el pensamiento es la función de lo abstracto y lo universal.

El sentido de la identidad, esto es, el poder de percibir la semejanza, es como se ha dicho con razón, el esqueleto del pensamiento.

Entendemos por pensamiento, decía Descartes, todo lo que en nosotros existe, de tal manera que lo percibimos inmediatamente por nosotros mismos, y lo conocemos con conocimiento interior: así todas las operaciones del entendimiento, de la voluntad, de la imaginación y de los sentidos, son pensamientos.

Para Hegel, el pensamiento representado como sujeto es el sér pensante, y la expresión simple que designa el sujeto existente como sér pensante, es el YO. El YO, es el pensamiento en cuanto sujeto, y como yo soy presente en todas mis sensaciones, representaciones y estados, el pensamiento es presente en todas estas determinaciones, y es la categoría que a todas las penetra.

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Para Fouillée, el sólo principio evidente es que el pensamiento existe siendo a la vez idea, conciencia y realidad.

Es perfectamente natural, dice Guido Villa, suponer que los movimientos cerebrales precedan al pensamiento y que éste sea, en algún modo, una forma de restauración interna, sin dependencia concomitante de los objetos reales. Según el mismo autor, el pensamiento es forma y se desenvuelve en las condiciones del ambiente natural y exterior, mediante una serie de acciones y reacciones recíprocas. Y añade, por último, que el mundo es lo que es, gracias al pensamiento que lo refleja; y que éste, a su vez, debe su forma particular a la fuerza de la realidad que obra sobre él.

En la hipótesis de Kant, dice Ribot, son las formas del sujeto las que informan al objeto. En la hi-

pótesis asociacionista, el objeto es el que informa al sujeto. Para aquel, el mundo depende del pensamiento; para ésta, el pensamiento depende del mundo.

A qué nos quedamos? Lo que hay aquí de cierto es que Copérnico halló el principio de la explicación de los fenómenos en las condiciones de la naturaleza humana. Lo propio le pasó a Galileo, cuando afirmó que las cualidades residen en nosotros y no en los objetos.

Del mundo exterior, dice Binet, no conocemos más que una cosa: nuestras sensaciones.

Las leyes del pensamiento no coinciden siempre con las de la realidad dada la diversidad esencial que las separa.

Y con todo esto, la materia no tiene existencia independiente de la percepción mental; puesto que, como dice Schopenhauer, existencia y perceptibilidad son términos convertibles uno en otro. Ya lo dijo Berkeley, *esse est percipi* (ser es percibir). De esa manera, resulta que el término de nuestro conocimiento nunca es el objeto mismo, sino un estado afectivo del sujeto. Cámbiense las condiciones de ese estado afectivo y tendremos como consecuencia el completo desequilibrio de la función cognocitiva. Para nosotros, la única realidad es lo representado, ha dicho Renouvier. Por consiguiente, tanto desde el punto de vista absoluto como desde el punto de vista práctico, la fuente y origen de toda realidad es íntegramente subjetiva: somos nosotros mismos, como dice James.

Los objetos no son para nosotros más que agregados de sensaciones (Binet).

El mismo tipo de órgano físico, dice Pearson, recibe las mismas impresiones sensibles y forma las mismas construcciones.

El objeto, nos enseña Kant, es el producto de la síntesis necesaria de la diversidad. Pero esta unidad que indefectiblemente constituye el objeto, no puede ser otra cosa que la síntesis formal de la conciencia en la síntesis de las representaciones.

Pero antes de pasar adelante, preguntaremos aquí

¿qué es conciencia? Conciencia, es el sentido psicológico. Esta actividad, dice Binet, que existe y se manifiesta en el hecho de sentir, de percibir, de concebir, etc., es lo que llamamos conciencia. Es algo más para mí, puesto que es una función que abraza y sintetiza todo esto.

Ahora bien, la vida psíquica, considerada en su más alta generalidad, se reduce, según Ribot, a dos manifestaciones fundamentales; sentir y obrar. Por otra parte, Wundt, nos dice que todo lo que llamamos inteligencia y voluntad, se resuelve en impresiones sensibles que se transforman en movimientos.

Es cosa demostrada que una excitación fuerte, sea sobre la vista, sobre el oído, sobre el olfato, sobre el gusto, determina en individuos normales una desviación notable de la aguja del dinamómetro. La reacción varía con la intensidad de la excitación. Estas observaciones nos demuestran que las sensaciones suministradas por los diversos órganos de los sentidos, tienen una medida común dada por el dinamómetro. Todas las sensaciones van acompañadas de un aumento de energía estática, lo que parece constituir esencialmente la sensación. Los hechos manifiestan que toda excitación determina inmediatamente una producción de fuerza, y se puede deducir legítimamente que las funciones psicofisiológicas, como las fuerzas físicas, se reducen a un trabajo mecánico.

Toda impresión que llega a los nervios aferentes produce alguna descarga en los eferentes, lo dice William James, seamos o no conscientes de ello. Hablando en general, y prescindiendo de excepciones, podemos decir que cada sensación posible produce un movimiento y que este movimiento afecta al organismo entero, esto es, a todas y cada una de sus partes.

Nosotros no tenemos una sensación o un pensamiento al cual debemos agregar alguna cosa dinámica para obtener un movimiento. . . . Todo latido de nuestro sentir es el correlativo de alguna actividad nerviosa que está ya en camino de instigar un movimiento. . . .; las imágenes, las cuales son suficientes para determinar los movi-

mientos instintivos, deben bastar para determinar movimientos voluntarios. La existencia de una relación necesaria entre el movimiento y toda sensación o representación mental, establece que todas las operaciones psíquicas tienen un motor equivalente.

Si sentir y obrar constituyen, como hemos visto, los dos polos de la vida psíquica, entonces repetiremos una vez más, que la sensibilidad es la base de todos los fenómenos psicológicos. Mas, qué es sensibilidad?

Generalmente se dice que el tejido muscular se contrae, el glandular secreta y el nervioso siente. Para William James, todos los centros nerviosos tienen, en primer lugar, una función esencial: la de la acción inteligente; sienten, prefieren una cosa a otra y tienen fines.

¿Qué es la sensibilidad en su origen? Irritabilidad, contesta Richet. De las funciones que se distinguen en los seres vivos, a la psicología le interesa especialmente la de relación que contiene tanto la acción del mundo exterior sobre el animal (sensibilidad), como la acción del animal sobre el mundo exterior (movimiento). Una y otra cosa son en el fondo una sóla: irritabilidad. Ningún sér es sensible sino en cuanto es irritable, ya que ésta es la propiedad de reaccionar lo que se realiza en los seres pluricelulares al través del sistema nervioso.

Oigamos ahora a Sergi: un sér vivo, dice, aunque sea de un grado elemental, cualquiera que sea su situación o su tamaño, muestra que está vivo solamente por los movimientos que hace. Los movimientos de un sér vivo, no son espontáneos, sino que son reacciones a otros movimientos sufridos. Estas reacciones a los movimientos sufridos, que se convierten enseguida en excitaciones, se producen por medio de la irritación de los elementos orgánicos, lo cual demuestra que estos poseen la propiedad, característica de la irritabilidad.

Si comparamos esta propiedad de la materia, con la propiedad aun más general, de la materia inorgánica, podemos considerar en ella una especie de manifestación de la energía cósmica. Así como todos los fenómenos físicos de la materia inorgánica son manifestaciones de su propiedad inherente, la energía; así también, todos

los fenómenos de la vida son las manifestaciones de la propiedad inherente a la materia orgánica, la irritabilidad con la reacción que es igualmente una manifestación de la energía.

Así es como la vida nos aparece desde su verdadero punto de vista, y su origen no es, de ninguna manera, misterioso; es solamente difícil inquirir cómo se ha producido y cómo se produce la transformación de la energía en irritabilidad acompañada de la reacción correspondiente; pero igualmente ignoramos los otros modos de transformación de la energía física; no tenemos por qué lamentarnos especialmente si ignoramos esto. Como nuestros conocimientos no son sino relativos, y como tenemos siempre que atenernos a los fenómenos, constituya ya una adquisición para la ciencia, el poder reducir el gran fenómeno universal de la vida al fenómeno más universal aun de una manifestación de la energía cósmica.

Si hacemos el análisis de todos los fenómenos vitales, en las plantas y en los animales, cualquiera que sea su grado de complejidad en la estructura, encontramos que se reducen al hecho primitivo de la irritabilidad y de la reacción; en el mismo caso están todos los fenómenos particulares de nutrición, reproducción, etc., tan variados, por su forma, en los dos reinos. Si asociamos a éstos los fenómenos psicológicos, el hecho de su reducción a los caracteres primitivos, es bien evidente.

Esta irritabilidad primitiva de la materia orgánica con la reacción correspondiente, no permanece invariable en la transformación y la especificación de los tejidos en los animales superiores, es decir, en aquellos en los cuales tales tejidos son distintos; se transforma también conservando siempre su carácter general, y se manifiesta según la naturaleza de los tejidos mismos, de los cuales constituye la forma de energía. La irritabilidad muscular se manifiesta por la contractibilidad; la irritabilidad glandular, por la secreción del jugo glandular, modo de actividad especial; para el tejido nervioso, es su sensibilidad, es decir, la sensibilidad propiamente dicha.

Los anestésicos obran tanto sobre la irritabilidad como sobre la sensibilidad. ¿Qué es lo que esto significa?, preguntaba Claudio Bernard.

La irritabilidad y la sensibilidad son pues, idénticas; y si fuesen diferentes, cómo comprender esta acción común ejercida por los mismos agentes?

Afirmamos, concluía, que es preciso ver en la sensibilidad una expresión muy elevada de la irritabilidad.

En limpio, tenemos que la sensibilidad es una forma de la irritabilidad, y la irritabilidad, a su vez, una forma de la energía universal de la materia.

En su aspecto cuantitativo, dice el Cardenal Mercier, parece resolverse el mundo en una combinación objetiva de movimientos, y bajo el aspecto cualitativo, en una serie subjetiva de sensación; pero la cualidad no puede ser el resultado de una simple diferencia en el número y posición de unidades cualitativamente iguales, mejor dicho, cuantitativamente nulas; es decir, que no puede ser una forma de la cantidad.

Balmes se expresa así: la belleza de los colores, la armonía de la música, la fragancia de los aromas, la delicadeza de los sabores, están en nosotros; el mundo es un conjunto de objetos que no encierran nada parecido a estos fenómenos del ser viviente.

La sensación del color, por lo mismo que es sensación, es un fenómeno inherente al ser sensitivo, un hecho de conciencia: luego el imaginar fuera de nosotros algo semejante, es atribuir a los cuerpos vistos, la facultad de ver.

La sensación luminosa, dice Janet, es un fenómeno propio del ojo vivo, que no puede verificarse más que en él y para él. Lo que hay de cierto es, respecto al sonido, que hasta el momento en que entra en juego el nervio acústico, no existe absolutamente otra cosa fuera de nosotros que un movimiento vibratorio; de tal manera que, si suponemos por un instante que el oyente desaparece, que el nervio capaz de percibir el sonido se encuentra

destruido o paralizado, que no hay sobre la tierra ni en el espacio, animal alguno capaz de percibir, no habrá nada fuera de nosotros, absolutamente nada, que se asemeje a lo que llamamos un sonido, sea éste lo que quiera.

Mas, he aquí otra cosa, aun más extraordinaria, añade Janet, y prueba de una manera decisiva hasta qué punto son nuestras sensaciones subjetivas y dependientes de nuestros órganos, y cuánto deben ser rectificadas por la conciencia, las ideas que nos dan los sentidos acerca de la materia: tal es la identidad que hoy admiten todos los físicos, del calor, la luz, la electricidad..... Qué cosa más distinta, desde el punto de vista de la sensación, que estos diversos fenómenos!. Muy frecuentemente parecen bien separados. Se puede tener calor en la obscuridad, p. ej.: en las minas; y frío con una luz brillante; mas, a pesar de estas oposiciones superficiales y aparentes, las experiencias han multiplicado de tal modo las analogías entre los dos agentes, que la ciencia no duda en admitir su identidad.

Fuera pues de nosotros, fuera del sujeto que siente, no hay, en realidad, dos cosas, calor y luz, sino una sola que se diversifica en nuestros órganos de sensación. El calor, es la luz percibida por los nervios táctiles; la luz, es el calor percibido por el nervio óptico; y, en fin, como hemos visto que la luz no es más que un movimiento, el calor no es tampoco más que otro movimiento. Para resumir toda esta teoría, haciendo abstracción del sujeto sensible o viviente, podemos decir que no hay en la naturaleza ni frío ni calor, ni luz ni obscuridad, ni ruido ni silencio; no hay más que movimientos variados cuyas leyes y condiciones son determinadas por la mecánica.

Vamos a oír a Taine: la sustancia es el conjunto, el todo indivisible, el dato concreto y complejo de donde se extraen las cualidades. El objeto, antes de todo análisis y división, es la sustancia; el mismo objeto, analizado y dividido, se resuelve en cualidades. La sustancia es el todo; las cualidades son las partes; supríman-

se todas las cualidades de un objeto, todas sus maneras de ser, todos los puntos de vista bajo los cuales se le puede considerar, y no quedará nada. La sustancia no es, pues, algo real, distinta y diferente de las cualidades; sólo por ilusión nos la representamos como una especie de apoyo en que tienen su asiento las cualidades.

Los fenómenos nerviosos cumplen dentro del proceso psico-físico su completo desarrollo natural, esto es, su equivalencia cuantitativa. Equivalencia cuantitativa imposible de realizarse, si el fenómeno de conciencia no fuera una transformación o continuación del fenómeno físico-químico. Es, por tanto, ineludible, la necesidad de confesar que el fenómeno psíquico y el fenómeno físico-químico son reductibles entre sí, a pesar de la aparente discontinuidad de sus naturalezas respectivas.

Según Ribot, tenemos que nada puede producirse en un organismo que no haya preexistido en él en estado de disposición, porque toda cualidad adquirida no es más que una reacción del organismo contra una excitación determinada.

De otro lado, sabemos que el cerebro es la única condición inmediata y corporal de las operaciones mentales. Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la naturaleza del espíritu, dice Flammarión, no puede dudarse que el cerebro es el órgano de las facultades intelectuales. Igual cosa repite Grasset, y en esto están de acuerdo todos los médicos y psicólogos científicos desde que Gall localizó en el cerebro las funciones psíquicas. Puede, en consecuencia, establecerse en términos generales la coexistencia y correlación de los hechos conscientes y de los físicos.

Esta es, desde luego, la misma doctrina de Wundt: el paralelismo psicofísico y su absoluta irreductibilidad.

Toda manifestación física de la fuerza, según Heffding, al metamorfosearse produce todo su efecto, efecto que es devuelto según las leyes generales de la naturaleza física. ¿Cómo entonces explicar ese algo nuevo que viene a añadirse a los fenómenos físicos en forma de fenómeno consciente?

Para algunos, la conciencia es la función de una esencia desconocida, en tanto que para los más no es sino una simple función del cerebro. La conciencia, dice Ingenieros, no es una identidad inextensa e inmaterial, no es una facultad sintetizadora de los fenómenos psicológicos, no es un epifenómeno sobrepuesto a los fenómenos fisiológicos, no es una fuerza directriz o creadora de la actividad psíquica. La conciencia, como realidad, no existe; sólo puede considerarse como la abstracción de una cualidad común a ciertos fenómenos biológicos en determinadas condiciones.

D'Alembert dice, hablando de Locke, que hizo de la psicología lo que siempre ha debido ser: la física experimental del pensamiento.

¿Cómo comienza la vida psíquica? Si la ciencia es el conocimiento de las causas y las leyes, nada más justo que investigar la filogenia de la vida psíquica, puesto que nada en el universo procede de sí mismo. De esa manera, el principio de causalidad constituye la escala del conocimiento científico.

Todos los efectos naturales, proceden de causas que están dentro de la misma naturaleza. Así q' el psiquismo ya no es ante la ciencia, sino un nacimiento legítimo de la naturaleza, cuyo **substracto** son materia y energía. Las funciones psíquicas se desarrollan de manera progresiva y continua en el curso de la evolución de las especies, siguiendo las leyes de la biología a la cual pertenecen, es decir, siempre regladas por las necesidades del medio.

Y, ahora, volvemos a preguntar: Cómo comienza la vida psíquica? Surge por encanto, *ex nihilo*, o resulta de algo preexistente? En este punto, faltan los hechos y comienzan necesariamente las hipótesis. Ahora bien: ¿qué hipótesis concebiremos compatible con el principio del paralelismo psicofísico? Todos comprenderán la importancia científica y filosófica de esta primera cuestión que se nos impone; y aunque la psicología se ha de circunscribir a los problemas que tienen probabilidad de ser demostrados con certeza, no puede menos de mencionar determinadas cuestiones filosóficas, que se ofrecen al lle-

gar al límite de las investigaciones empíricas. No merece los honores de la discusión la hipótesis de un origen de la conciencia *ex nihilo* ni de hechos completamente diversos a ella. El desarrollo de la idea de causa, es el mejor criterio del desarrollo intelectual. Pero como no hallamos vida psíquica fuera de los organismos animales, es necesario suponer que sea la conciencia como la vida, resultado de una organización y combinación particulares, de elementos que preexisten con los principios que constituyen la vida, y cuya explicación definitiva será completada con las investigaciones que la psicología biológica haga en los estudios aun tan inciertos de las primeras manifestaciones orgánicas.

A una conclusión semejante, llega también, por su parte, el notable psicólogo americano William James, fundándose sobre todo en la naturaleza de la evolución, conforme siempre consigo mismo, es decir, continua; y, por consiguiente, ajena a toda adquisición nueva proveniente del exterior. De esta manera, la conciencia ha debido preexistir bajo alguna forma, sea la que sea, en la base misma de la evolución universal.

Ahora bien: ¿a qué se reduce el mundo en último análisis? A un substrato psicofísico, sería nuestra respuesta, y permítasenos citar a este propósito, un pasaje de Spir: la inteligencia, dice, o el pensamiento, tiene dos naturalezas diferentes, una física y otra lógica. El pensamiento, de una parte, es un fenómeno o un acontecimiento real, con sus causas físicas y un estado sometido también a leyes físicas; pero, de otro lado, tiene la facultad de reconocer todas las cosas y sus leyes, siendo si este aspecto de su naturaleza, leyes lógicas. Por otra parte, el desarrollo de la inteligencia en general, está sujeto a las leyes naturales análogas a aquellas que rigen el perfeccionamiento de los individuos. Explicaré mi idea con un ejemplo: supongamos que un sordo y un ciego están a la margen de un río; para el sordo, el agua del río es toda movimiento; para el ciego, es toda ella rumor y murmurio. ¿Cuál de los dos está en lo cierto? Ambos y ninguno: porque sus puntos de percepción son ente-

ramente unilaterales. Lo propio pasa tanto con el monismo mecanicista como con el monismo idealista. La verdad, consiste para mí, en la síntesis de todos estos puntos de vista unilaterales en un substrato común a entrambos.

Por otra parte, el Cardenal Mercier dice que ninguna consideración ayuda a establecer que la sensación es intrínsecamente independiente del organismo y que su dependencia sea sólo, por lo tanto, indirecta. Luego, puede decirse que esta dependencia es directa, intrínseca, inmanente.

En definitiva, el *pensar* es una función compleja controlada por la conciencia, basada en la experiencia y la observación. Resulta de las múltiples y variadas combinaciones de la abstracción y la asociación.

*La abstracción* se forma por grados, yendo de los grupos más homogéneos y limitados de los conceptos concretos, a los más heterogéneos y amplios. Aún los conceptos particulares, son ya en cierto modo abstracciones.

*Conceptos concretos* son aquellos que derivan directamente de la representación sensorial; constituyendo cada concepto una síntesis de la representación. *Conceptos abstractos* son aquellos que derivan de los concretos por nueva abstracción.

Las *representaciones* se forman bajo la acción de los objetos exteriores, como efectos inmediatos de las sensaciones y de las observaciones y llegan a las zonas psíquicas en donde la memoria de fijación, en calidad de símbolos e imágenes, las deposita, para luego acudir por la evocación pnemónica a constituir los pensamientos. Las representaciones son síntesis incompletas de imágenes congéneres que se han iutroducido en el cerebro en épocas diferentes.

*La percepción*, dicen Tanzi y Lúgaro, es una copia de la realidad; el *recuerdo* es una copia de la copia, sacada sin la presencia del modelo y, por esto, menos perfecta.

Todos los elementos de las representaciones y de los recuerdos derivan, pues, de las imágenes percep-

tivas; pero esto no impide que estos elementos combi-  
nándose de diversos modos o desprendiéndose de cada  
asociación que ha permanecido incorporada en nuestro  
pasado, den lugar a imágenes nuevas que no tienen ya el  
valor de simples recuerdos, sino que vienen a constituir  
las *ideas*. Y la idea es una forma del pensamiento; el pen-  
samiento es más genérico, consiste en formar conceptos  
universalizados. A los verdaderos recuerdos, esto es, a  
los signos de una realidad que fue, se añade y da relie-  
ve la realidad del presente, simbolizada en las imágenes  
actuales de los sentidos. Al mundo de la experiencia,  
que resulta de la percepción y de la herencia, se adjun-  
ta y da realce el mundo ideal.

Al observador que estudia una serie de ideas y re-  
presentaciones, como nos lo enseña Sikorsky, aparece an-  
te todo el hecho de que las percepciones y las represen-  
taciones no se producen espontánea y simultáneamente  
en el cerebro. Cada representación aparece como lla-  
mada por representaciones anteriores, de manera que,  
en la formulación de pensamientos, tenemos una serie de  
fenómenos encadenados entre sí. Al mismo tiempo, en  
esta dependencia se descubre una causa más fisiológica  
que psicológica. En efecto, si el proceso de las asocia-  
ciones fuese un fenómeno puramente inmaterial y no  
psicofísico o fisiológico, las representaciones podrían  
surgir a la vez por grupos enteros, sin depender de las  
condiciones de espacio y tiempo, y esto no es practica-  
mente posible, como lo probaremos después. Esto quiere  
decir que los procesos psíquicos siguen la misma marcha  
que todos los actos nerviosos en general: las represen-  
taciones naciendo, como todo acontecimiento psicofísico,  
en un centro cualquiera de asociación, provocan inevita-  
blemente excitaciones en otros puntos. Algunas veces  
estos puntos están alejados entre sí anatómicamente en  
la corteza gris y la excitación se trasmite por innume-  
rables vías nerviosas: manejos transcorticales, anastomo-  
sis cerebrales, fibras comisurales, zonas asociativas; in-  
fluyendo eficazmente, para estas comunicaciones, las  
irrigaciones sanguíneas encefálicas, especialmente las  
que tienen lugar en las arteriolas pequeñas que ser-

pentean entre las circunvoluciones de las zonas psíquicas.

La uniformidad de la repleción sanguínea en los campos prefrontales y probablemente en ténpero-occípito-parietal, vuélvese el regulador fisiológico de las excitaciones en la trama orgánica de la extensa pléyade de elementos nerviosos, en los que se fijan los recuerdos, las percepciones y las representaciones; obedeciendo, por cierto, siempre a la ley llamada del ahorro anatómico.

Las asociaciones, como resultantes de las representaciones, cúmplense de diversas maneras, constituyendo las leyes fundamentales del pensamiento, que son las siguientes: la ley de la asociación por semejanza, a la cual se enlaza la del contraste; la ley de la asociación por contigüidad, de enorme importancia biológica, y la ley de causalidad que es la gran ley universal.

No me detengo a explicar estas leyes, porque se definen ellas por sí mismas, y también porque el tiempo me viene estrecho para hablar de otros puntos que completan el programa de esta conferencia.

Cuando a mediados del siglo pasado, Herbart y Fechner pronunciaron por vez primera las palabras "Psicología Experimental", entendidas en sentido propio, provocaron en todos extraña sorpresa, y en muchos escándalo. ¿Cómo, en efecto, concebir la experiencia en fenómenos inaccesibles a nuestros sentidos, y por tanto a las investigaciones experimentales? ¿A qué hablar, en tal caso, de leyes y de medidas a propósito de los hechos psíquicos?

Hoy por hoy, las cosas han tomado otro carácter, y la medida de la duración de los procesos psíquicos es el objeto de la llamada Psicometría, parte integrante de la psicofísica cuya utilidad es al presente innegable. Se sabe que la duración de un proceso psíquico, se halla comprendida entre los dos términos de la acción de la excitación y de la reacción o movimiento que se sigue apenas aquella es percibida. Los astrónomos habían observado que, entre el paso real de un astro por delante del hilo de la lente objetiva del telescopio y la apre-

ciación de ese paso por los observadores, existe una diferencia que constituye lo que se llama error o ecuación personal, error que difería en cada uno de los observadores. Esto dió margen a pensar que la sensación se produce más o menos pronto según los individuos, y que las representaciones no se producen simultáneamente en el cerebro, como ya lo hemos sostenido. He aquí el origen de la psicometría.

En la actualidad, son objeto de experiencias psicométricas, cuatro formas de procesos psíquicos: 1º el acto del conocimiento; 2º el acto de la distinción de dos o más representaciones; 3º el acto de duración entre dos o más movimientos; y 4º el acto de la asociación de una representación con una percepción que procede del exterior.

Pero estas medidas, según Wundt, no se aplican directamente ni a las causas productoras de los fenómenos psíquicos, ni a las fuerzas productoras de los movimientos: únicamente podemos medir dichas fuerzas por los efectos. En una palabra, lo que se mide realmente no es la sensación, ni aun las variaciones de ella, sino simplemente nuestra estimación personal de la sensación, la conciencia que tenemos de la variación de la sensación.

Queriendo aplicar el cálculo matemático a la investigación científica de las relaciones entre lo físico y lo psíquico, Weber alcanzó a formular, como fruto de sus experiencias, la siguiente ley: las sensaciones crecen en cantidades *absolutamente* iguales, cuando los exitantes crecen en cantidades *relativamente* iguales. Fechner, su discípulo, continuó la tarea, proponiéndose fijar con toda la exactitud posible, las susodichas relaciones entre los mundos psíquico y físico, y dió a su trabajo el nombre de psicofísica. La fórmula matemática de Fechner, es esta: la sensación crece como el logaritmo de la excitación; es, a saber, para que las sensaciones crezcan en progresión *aritmética*, es necesario que los exitantes correspondientes aumenten en progresión *geométrica*. Desde entonces, se han instalado laboratorios psicofísicos en los principales centros científicos.

### III

Mientras tanto, hemos traspasado quizá, los límites de nuestro tema, pero era necesario entrar en la crítica del conocimiento, desde que se trata de la psicopatía de la facultad precisamente encargada de conocer, a fin de apreciar debidamente las alteraciones del mecanismo psicológico, o sean los desórdenes funcionales del pensamiento.

Se ha dicho, hablando de la realidad objetiva de las cosas, que la existencia de éstas y su perceptibilidad, eran una misma cosa, y esto es así, porque no es real, para nosotros, sino aquello que es objeto de una sensación. En cuanto a la existencia, en el sentido empírico de la palabra, ella implica siempre el requisito creador de la percepción consciente, por una parte, y por otra, su conexión causal en una serie espacial o temporal, según las leyes generales de la experiencia.

En la locura, el enagenado confunde los productos de la imaginación con los objetos de la observación, atribuyendo a aquellos la realidad objetiva propia de éstos. Y la locura, tanto como el hipnotismo, pone de cuerpo entero el poder dinámico de las ideas y de las imágenes.

He insistido intencionalmente en estudiar el subjetivismo de la psicología, por cuanto esa clase de conocimientos nos serviría de punto de apoyo para comprender el modo cómo en el psicópata se producen las alteraciones psíquicas, justamente porque dependiendo sobre todo del sujeto, la realidad sensible de los objetos exteriores, y hallándose como se encuentra el enagenado, privado del poder exacto de percepción, concibe los objetos tal cual él los ve, así como hemos visto sucede también en el individuo normal. El loco, por desórdenes primeramente sensoriales, esto es periféricos, o desde el principio psíquicos—que es lo frecuente—percibe la existencia de personas u objetos que no existen sino en la imaginación del enfermo, constituyendo así las alucinaciones, sean psíquicas o sensoriales, [percepciones sin objeto].

Otros perciben los objetos de distinta manera que lo hacen los normales, formándose entonces, las ilusiones (percepciones con alteración de los objetos).

Falta pues aquí la conformidad del sujeto con el objeto que es lo que constituye la *verdad*. En el hombre sano, los errores son rectificadas por los otros órganos sensoriales, con el concurso de las funciones psíquicas, trabajo que no puede efectuarse en el psicópata. De resultado de los desórdenes de percepción, tenemos las alteraciones de las ideaciones.

Víctima de sus ilusiones o alucinaciones, realiza sus abstracciones o imágenes en el campo de su experiencia externa, y crea así un mundo fantástico sacado de su cerebro y estereotipado como una cristalización delante de sus ojos: "que el hombre iluso, de sí mismo esclavo, cuanto ve en su interior, ve fuera", como dijo el poeta.

El mono-ideismo en las histéricas y en los delirantes sistematizados, contiene en sí la explicación de toda su vida psíquica; no se mueve sino al rededor de este centro que le encadena y tortura.

La psiquiatria, al igual de la psicología, estudia también dos clases de fenómenos en el individuo humano: los somáticos y los psíquicos; solamente que los estudia desde el punto de vista clínico, en razón de su anormalidad o estado patológico. El loco no puede ser objeto de experimentación propiamente dicha en un laboratorio psicológico, por ejemplo; pero sí puede ser, y lo es en efecto, objeto de observación.

La observación consiste en: "la atención aplicada a los fenómenos tales cuales se presentan en la continuidad de la experiencia". "Pero es necesario distinguir y tener presente que la observación empírica no es la observación científica. La observación científica no se satisface—dice Wundt—con percibir los fenómenos como se ofrecen y estudiarlos en el orden aparentemente causal en que se encuentran; exige establecer entre ellos un orden genético, y demostrar cómo un fenómeno ha de derivar necesariamente de otro determinado fenómeno, y no de otros. Para ello—agrega el mismo—se necesita el análisis que aísla, mediante la abstracción, los dis-

tintos procesos psíquicos, los descompone y reduce los complejos a los más simples, para dar una explicación científica a la vida de la conciencia”.

Si se ha de constituir científicamente la psicología, dice el mismo autor en otra parte—el fin que ha de perseguir es dar una explicación de los hechos psíquicos permaneciendo en el terreno de ellos, indagando cómo se desenvuelven y enlazan, cómo dependen los unos de los otros, constituyendo así una causalidad psíquica.

Conocida una vez la función moral del pensamiento, sus relaciones con el objeto percibido, la naturaleza y condiciones de este objeto, es más o menos fácil penetrar en el campo de la psicopatía y dar de ella una explicación más o menos aproximada en cada caso particular, mediante una historia prolija, o mejor dicho, la observación científica de cada caso especial, como hemos tenido ocasión de practicarlo en el Manicomio de esta ciudad.

La memoria no sólo es el hilo de oro que penetra y enlaza todos y cada uno de los fenómenos del pensamiento y de la conciencia, sino que es también, por el mismo hecho, la base de nuestra personalidad psíquica, es decir, de nuestra identidad individual al travez de la duración. Ella es el yo. Perdida o disgregada la memoria, está perdida, o disgregada nuestra personalidad psíquica. Es la conciencia de la sucesión, es decir, la conciencia de nuestra existencia en cuanto realizada en el tiempo. La urna cineraria de los despojos de nuestro pasado, hundidos en la tumba del recuerdo. Sin la memoria, nuestra existencia no sería otra cosa que un presente absoluto renovado incesantemente: un instante indivisible, una simple fulguración.

El enagenado, por el mismo hecho de serlo, no puede verificar el trabajo de la auto observación, asimilándose así a un objeto. El psiquiatría penetra en él, por decirlo así, y, en virtud de los métodos objetivos, para comprender de ese modo los estados patológicos de su psiquismo. Para esto se examinan los antecedentes individuales y hereditarios del enagenado, el aspecto físico, los caracteres fisiológicos y psíquicos del mismo, a fin de conocer el estado de su ideación.

Las alteraciones patológicas de los procesos ideativos, toman formas profundamente diversas. El patrimonio de la idea, puede presentar deficiencias congénitas o sufrir disminuciones en el curso de la vida, hasta llegar a la ausencia más o menos completa y definitiva de las facultades mentales, como sucede en el demente, que es un degenerado por involución, a diferencia de los degenerados congénitos que lo son por evolución. Esta degeneración se verifica siguiendo un proceso siempre igual: las neuronas se destruyen de la periferia al centro, con detrimento de las actividades psíquicas, yendo de las más elevadas a las inferiores.

En los casos de deficiencia ideativa, la función de pensar no es aprovechada en los procesos asociativos, esto es, las imágenes latentes no vienen evocadas coordinadamente. Y la imaginación, sin el control de la conciencia y con su atolondrada actividad, puede confundir el material ideativo, entremezclándolo todo. Con el pensamiento sin energía ni independencia, no puede existir la crítica, que es el medio de que la conciencia se sirve para juzgar de las impresiones verbales u objetivas.

Causas morbosas, como intoxicaciones y otras, pueden hacer variar la rapidez de los procesos asociativos y la cantidad de idea que se introduce en la conciencia en la unidad de tiempo; variando entonces el tipo de la asociación y su ordenación, pueden las ideas sufrir un desarreglo que llegue a la confusión y la incoherencia. Una importancia particular, como elementos perturbadores y obstaculizadores de la corriente normal del pensamiento, asumen las obsesiones y las ideas fijas, las que, por su insistencia e intempestividad, hacen entrada en el campo de la conciencia. La influencia de los sentimientos sobre el pensamiento, puede hacerse sentir de diversos modos; alterando el valor que las representaciones gozan en el juicio, y permitiendo así el razonamiento paralógico, conducen, como último resultado al asimilamiento de todos los errores cual si fuesen realidades, llegando a formar de esa suerte, los delirios, que determinan las más graves faltas en la conducta de los enagenados. (Tanzi y Lúgaro).

Las afasias psíquicas, las alexias, la apsíquia, el gan-

serismo, la agnosia o asimbolia, las dislogias, etc., son otras tantas formas de la psicopatía del pensamiento.

OBSESIONES Y FOBIAS son ciertas representaciones, o mejor, síndromes morbosos, caracterizados por la aparición involuntaria, y acompañada de una sensación subjetiva de coacción y repugnancia que lleva hasta la angustia, de sentimientos o pensamientos parásitos que tienden a imponerse al YO, evolucionando al lado de él, a pesar de sus esfuerzos para rechazarlos, para crear así una variedad de disociación psíquica, cuyo último término es el desdoblamiento consciente de la personalidad; vive siempre en lucha con ella, obrando como un cuerpo heterogéneo que destruye la homogeneidad de la actividad normal. Llamanse simplemente obsesiones, cuando afectan a la ideación, y fobias cuando a la emotividad. Dichos trastornos están conectados casi siempre con el delirio de la duda.

IDEAS FIJAS: son cierta clase de representaciones en apariencia normales, pero que se adhieren a la personalidad con tal pertinacia, que dificultan la marcha normal de los procesos psíquicos. Diferénciase de las obsesiones y las fobias, en que las ideas fijas son voluntariamente aceptadas por los sujetos. En los genios, que hasta cierto punto son desarmónicos, se encuentran a menudo esta clase de ideas, siendo muchas veces el origen de interesantes descubrimientos. En el psicópata son estas ideas extrañas a su condición natural cognoscitiva, tendiendo a organizarse en forma de delirio.

DELIRIOS son errores morbosos de juicio que no se dejan rectificar por la experiencia, nacida de la observación y la crítica, y compuesta por un conjunto de ideas delirantes análogas. Son opiniones sugeridas de un estado pasional. No sólo no se someten a la crítica y experiencia, sino que ejercen sobre ellas una influencia activa, tornándolas en su provecho y afirmándose siempre más. La crítica sufre una alteración unilateral, se pone en contra de todo aquello que se oponga a su delirio, y deja pasar, sin reparo, todos los errores que lo refuerzan. La experiencia se deja dominar por el preconcepto: las imágenes subjetivas, nacidas de la fantasía, que la

pasión las resalta, se contraponen a las imágenes reales ofrecidas por los sentidos, convirtiéndolas en alucinaciones. Al principio es el equilibrio afectivo que da lugar al delirio, no muy intenso, las ideas delirantes pueden llegar a la mente en forma de dudas, como simples sospechas; más tarde, cuando las sospechas han recibido las pruebas de una crítica partidaria y de percepciones falsas, los delirios se afirman con caracteres de certeza: formándose *la convicción delirante*. Bien que nacida, como la obsesión, de un perturbamiento casi siempre afectivo, el delirio es, por muchos caracteres, muy distinto de la idea obsesiva. Mientras la obsesión es un objeto de duda más o menos angustiosa y contraria a la conciencia del individuo, la convicción delirante es materia de certeza dogmática. El obsesionado es un sér voluble y abúlico; el delirante es un intransigente que no admite discusiones. El primero está en lucha sólo consigo mismo; el segundo se encuentra en guerra abierta con la verdad y con las opiniones de todo el mundo.

Existe una variedad inmensa de formas delirantes, constituyendo síndromes importantísimos en la casi totalidad de las psicopatías: confusiones mentales, lipemania, etc., etc.

Merece citarse aquí una forma muy curiosa de alteración ideativa, resultante de alucinaciones auditivas y que se denomina *eco del pensamiento*, el que consiste en que muchos delirantes, especialmente los perseguidos, creen y sufren incesantemente por ello, que las personas con quienes se encuentran conocen o adivinan los pensamientos más ocultos de su vida, repitiéndolos en alta voz apenas son formulados por el enfermo en el rincón más reservado de su conciencia.

La génesis del delirio es debida en el mayor número de casos a intoxicaciones endógenas o exógenas. Su marcha puede seguirse perfectamente en las locuras razonadas paranóicas, que dicen los alemanes, o sistemáticas, que denominan los franceses, o monomanías que llamaban antes. En tales casos se puede observar durante años el estado delirante perfectamente aislado: primero se notan las anomalías neurasténicas que le condu-

cirán al futuro enagenado al verdadero delirio; en segundo lugar, se observa la duda, la creencia vaga de que cuantas personas le rodean hablan mal de él, quieren hacerles daño, etc.; este es el período hipocandriaco de Morel, el período de inquietud de Magnan, o período de concentración analítica de Regis. En el tercer período el enfermo imagina una explicación real de sus sufrimientos, de sus inquietudes, de la atención verdaderamente sorprendente de que se cree objeto respecto de los demás; es la face del pleno delirio, el que toma múltiples y variadas formas: delirio de persecuciones, delirios religiosos, eróticos, de celo, etc., etc., para terminar en el período megalomaniaco, de hipertrofia personal, de la exaltación del Yo.

AFASIAS.—Broca definió la afasia diciendo que es la falta de adaptación de la palabra a la idea o de la idea a la palabra. Y Ballet la define: la pérdida incompleta o completa, o la perversión de la facultad que el hombre posee de expresar su pensamiento por signos, o de comprender esos signos. Estos signos los denomina Kant: facultades signatrices. Afasia, más concretamente, es la incapacidad de expresarse hablando, y para algunos autores, aun el no poder entender las palabras oídas.

Se han dividido las afasias en: 1<sup>o</sup> *Afasia verdadera*, que es aquella en la que la palabra espontánea, dependiente de la zona cortical del lenguaje, está abolida, porque está perdido el lenguaje interno y por lo mismo el recuerdo de las imágenes motrices o articulatorias de la palabra.

2<sup>o</sup> *Afasia motriz pura o afemia*: en ella existen lesiones subcorticales o transcorticales, y consiste clínicamente en que las representaciones de las imágenes verbales se encuentran conservadas, ya que el centro cortical está intacto, pero no puede verificarse el lenguaje porque las vías de acción motriz están interrumpidas.

3<sup>o</sup> *Afasia sensorial o jargonafasia*: esta abraza los dos síndromes de la sordera y de la ceguera verbal, y de ambos es posible distinguir dos formas: una con perturbamiento grave del lenguaje interno, la otra sin pér-

dida de esta capacidad representativa. En la sordera verbal está destruído el reconocimiento de la palabra oída como tal, se perciben los sonidos sin entenderse las palabras. En la ceguera verbal se ven los signos de las palabras sin entender su significado, hay pues predominio de los trastornos de lectura y escritura.

En cuanto al sitio donde se localizan los centros del lenguaje, han variado un poco las opiniones, mas todos los localizadores coinciden en asignar algún punto de la región comprendida entre la segunda circunvolución frontal izquierda (Exner), y la primera temporal del mismo lado (Wernicke). Muchos autores creen que esta localización no es exclusiva al hemisferio izquierdo, pues que existe también la aptitud funcional en el hemisferio derecho, sólo que en este lado no se desarrolla sino en raras ocasiones, por ejemplo en aquellos casos de hemiplegia infantil de origen izquierdo antes de la aparición del lenguaje, en los que más tarde aparece este lenguaje seguramente por desarrollo compensatriz del centro de la palabra en el lado derecho.

Casi siempre, junto al síndrome afásico, existen anomalías generales del lenguaje, siéndome preciso por lo mismo decir algo sobre esa materia:

Los desórdenes del lenguaje hablado pueden dividirse en dos grandes secciones: la una que se refiere a los defectos en los mecanismos de la *articulación de la palabra*, sea que estos provengan de las alteraciones del mecanismo representativo de la palabra, es decir, de la evocación de los sonidos o de los signos articulatorios; sea que dichos defectos dependan de alteraciones en las vías de comunicación o de defectos de desarrollo por lesiones del oído (sordomudez). A los trastornos de la función del lenguaje llaman Seglas y Regis, *disfasias*; a los trastornos de la palabra articulada, *dislalias*.

La segunda sección comprende los trastornos intelectuales, esto es que están alterados los funcionamientos psíquicos que llevan a hablar, conservándose sanos los mecanismos asociativos. A esta variedad denomina Regis *dislogias*, y Lúgaro y Tanzy, *disfrasias*.

Las dislalias o mejor *disartrias*, que pueden llegar a la *anartria* completa, son congénitas o adquiridas: entre las congénitas tenemos la balbucia, el rotacismo, la blesidad, y el lambdasismo; entre las adquiridas, la taquilalia, la bradilalia, la aftongia y la balbucia.

**DISFRASIAS O DISLOGIAS:** son anomalías de locución que no dependen de una incapacidad en la representación o en la articulación de las palabras sino de motivos psíquicos, de desórdenes del pensamiento.

Regis admite la división siguiente, verificada por Seglas: 1ª *Dislogias propiamente dichas*, que consisten en: a) facilidad excesiva de locución, como en los maniacos y en los paralíticos generales al comienzo, en quienes la *verborrea*, proviene de que las representaciones y las ideas delirantes se suceden en ellos con tal rapidez, que no tienen tiempo para ligarlas ni siquiera en forma de delirio.—b) Dificultad de locución como en los melancólicos estupurosos y los psicasténicos que hablan en monosílabos y tardíamente, a puro esfuerzo del interlocutor: como por vergüenza, ideas de indignidad, temor de decir mal o comprometerse en algo. Los dementes catatónicos hablan como con puntos suspensivos, cortando las palabras y las frases con suspensiones eternas; observándose, además en ellos el síntoma que se conoce con el nombre de *ecolalia*, esto es la repetición inconsciente de las últimas palabras que oyen.—c) *Incoherencias*, como en los confusos mentales, en los que el lenguaje indica el desorden y embotamiento de las ideas.—d) *Neologismos*—síntoma que se observa en las psicopatías crónicas en general y especialmente en la excitación maciaca crónica de fondo histérico; esta forma de dislogia consiste en inventar vocablos para expresar pensamientos morbosos, sin sujetarse a reglas del lenguaje, o dar a palabras conocidas significados distintos, (*pseudolalia*), o acuden a vocablos extranjeros (*xenolalia*). Los submaniacos crónicos, llevan el uso de neologismos a tal extremo que hablan, se puede decir, un lenguaje propio que se denomina *parafrasia vesanorum* o *leolalia*. Los mediums

parlantes y los visionarios místicos, en virtud de su profunda disociación personal, por la hétero o auto-sugestión, hablan lenguajes de ocasión, de carácter profético y misterioso. En los sistematizados, sus neologismos, dan en veces la fórmula de su delirio.

2.<sup>a</sup>—*Dislogias por modificación de la dicción expresiva*: son los trastornos en la intensidad, entonación y timbre de la voz; desde la voz altanera y sonora de los maniacos agudos y megalómanos, hasta la afonía psíquica de los histéricos y epilépticos y el absoluto mutismo de varios enagenados. En los sistematizados o paranóicos, el mutismo, o más bien, *mutasismo* (mutismo voluntario), puede depender de delirios alucinatorios en los que se les impone guardar silencio; muchos de estos enfermos, en sus escritos, parecen normales. En los histéricos es el efecto de una auto sugestión inhibitriz, de una parálisis mental.

*Repetición*: una forma bastante común de dislogia o disfrasia, es la repetición constante de las palabras o el introducir vocablos en medio de una frase o aun en medio de dicción. Esta intercalación de pleonasmos es al principio intencional, después el resultado de una obsesión, y, por último se verifica automáticamente sin el concurso de la atención y de la voluntad. Los enfermos olvidan muchas palabras, reduciéndose su vocabulario y empleándolas en ocasiones sin que traduzcan los conceptos que tratan de expresar, hasta llegar al desconocimiento completo del significado de las palabras, como acaece en la demencia terminal. En los dementes seniles se observan los fenómenos de *confabulación* y *perseveración* o *verbigeración*; consistiendo lo primero en la repetición siempre igual de narraciones que no están de acuerdo absolutamente con las fechas y hechos reales, y el segundo síntoma es la repetición verbal y a todo trance de las mismas ideas.

En los dementes precoces, su *estereotipia* verbal, esto es su manera exactamente igual de hablar, junto con su estereotipia en los modales o *manierismo*, constituye un síntoma importantísimo de diagnóstico.

DESÓRDENES DE LA ESCRITURA.—Los trastornos de la escritura son más comunes en los psicópatas que los del lenguaje hablado, y son enteramente análogos. Así tenemos las *disgrafias*, que es un defecto de escritura proveniente de desórdenes en el mecanismo motor gráfico; la *agrafia*, es la pérdida de representación de los signos que sirven para la escritura, conservándose la potencia mecánica en la mano, etc.; y la *alexia*, en la que está destruída la parte directiva de la escritura y la visión psíquica de lo escrito por lesión de la región paracentral, como afirma P. Marie, para quien la alexia no es sino la afasia extrínseca. Los melancólicos, cuando alguna vez se ven obligados a escribir, lo hacen muy lentamente y espaciando las palabras. Los maniacos y los dementes paralíticos, al principio, escriben violentamente, sin orden, sin conexión, intercalando mayúsculas en medio de dicción y adoptando diversos caracteres cabalísticos. En los dementes se encuentran escrituras inconscientes y sin sujetarse a ningún plan ni aun siguiendo modelos de cualquier género.

GANSERISMO.—Descubierto por Ganser, es el síndrome que consiste principalmente en un desorden ideativo a virtud del cual los psicópatas manifiestan que comprenden las preguntas que se les dirigen y sin embargo dan contestaciones estúpidas, p. ej.: en la demencia precoz, al principio.

AGNOSIA O ASIMBOLIA.—Es la falta de conocimiento e identificación de los objetos; así pueden los enfermos tomar un lápiz por un cigarro, etc.; lo mismo sucede en los hipnotizados.

APSIQUIA.—Es la ausencia completa de la función de pensar.

PALINGNOSIA.—Falta de identificación de personas, desorden de la función cognoscitiva, por la que ven en la fisonomía de personas desconocidas la de sus parientes o amigos.

---

Hoy en día, Señores, la psicopatología cuenta con una literatura nueva y de inmenso valor no sólo para las

ciencias médicas sino también para las filosóficas y las sociales. Se hacen estudios provechosos y profundos de las enfermedades de la personalidad y la conciencia, de la memoria, de la voluntad y la atención, del sentimiento, etc., etc., estudios a los que se han dedicado grandes intelectualidades.

Y a vosotros, jóvenes, os toca la tarea de correr el velo del porvenir, en calidad de obreros de la Ciencia y con aquella abnegación sublime del sabio que no busca la verdad sino por amor a la verdad misma.

En cuanto a mí, señores, sin reputación ni grande ni pequeña en materia de estudios psicopatológicos, me he visto, por lo tanto, en el caso ineludible de cumplir mi empeño científico, recurriendo a citas innumerables que he tenido de hacer a cada paso, para autorizarme con ellas e interesar así más vuestra benévola atención.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL